

últimos los primeros, manteniéndose en un inalterable tenor la disciplina regular, las excursiones espirituales, y zelo de las almas, desde que el P. Coromina puso sus pies en el Colegio, hasta que, passados dos triennios, lo desamparó, para ir á recibir el galardón, como piadosamente esperamos, de sus virtudes.

§. XIII.

Fue el carácter del P. Ignacio en todos los seis años, y meses de su rectorado, observar todas las cosas á lo natural: dicho muy barato en su vocar *á lo natural*. Y esta naturalidad en su concepto, era una bien tupida distribución religiosa, que tenazmente seguía no solo en lo particular de su Persona, sino en lo común de su Colegio. De su Persona en el puntual ejercicio de la vida común fue puntualísimo, dando por sentido con su exemplo, que el cumplimiento de las distribuciones domesticas, era lo mas perfecto. Su refeccion cotidiana era muy medida: y escaso su sueño, levantándose muy temprano: y muchas veces tocando el mismo la campana á despertar. Todo el tiempo de su madrugada lo daba á la oración, y un quarto de hora ordinariamente antes de la Misa primera gastaba en el Confesionario del palchando penitentes. En los dias de concurso adelantaba media hora este ejercicio, para satisfacer á la muchedumbre de Fieles que lo aguardaba para reconciliarse, y recibir la Sagrada Comunión en la primera Misa. Esta celebraba siempre el P. Rector al toque de la campana, para el galardón de tus sudores, y fatigas! E de-

dexando qualquiera concurso por obedecer á Dios, que por el sonido de esta le hablaba: Llenaba en el altar la media hora, que prescribe la regla de los Sacerdotes, ofreciendo al Eterno Padre con toda devocion el incruento Sacrificio de su Unigenito: despues del qual daba por espacio de otra media hora gracias, y ayiendo tomado su ligero desayuno, volvía al palenque de la penitencia: en el qual gastaba largas horas. Restituíase despues á su Apofento, donde continuaba sus tareas revolviendo libros hasta la hora de comer. Asistía al Refitorio, y acabada la refeccion, despues de la honesta recreacion acostumbrada, se retiraba á su camara otra vez, en la que empleaba el tiempo de la siesta en rezar devotísimamente lo que le restaba del Officio Divino, para poder á las dos de la tarde adelantar los Maytines, y Laudes del dia siguiente. Continuaba en su retiro todavía leyendo Santos Padres, y Sagrados Interpretes de la Escripura hasta que era hora de rezar la Letanía de todos los Santos en Comunidad, segun el uso de la Compañía. Seguía la cena, y la quiete á que nunca faltaba el P. Rector, aunque le ocurriese embarazo: porque para el Padre no lo avia en tiempo de distribución. Tomaba despues los puntos para la oracion del dia siguiente, hacia el examen de conciencia por espacio de un quarto de hora: concluyendo con otra hora de oracion, que terminaba á la semana tres dias con una rigorosa disciplina.

Esta inviolable distribución solamente dispensaba el

el P. Rector por el ministerio de las confesiones para enfermos, que eran muchas: sin que jamás se diera el caso de que dexara de asistir á la mesa, de celebrar la Misa primera, y omitir las distribuciones, en que pudiera ser reparable la falta de su Persona. Tambien la interrumpia por los motivos de la charidad, para responder á consultas, y negocios graves, que manejaba del publico: siendo el P. Rector el arbitro de todos: y viniendo á su Tribunal pobres, y ricos, nobles, y plebeyos, á todos miraba el Padre con iguales ojos, empero segun su natural propension, aviendo de sentenciar, favorecia las causas de los desamparados. Esta pintura que he hecho en lo privado del P. Coromina era la que solicitaba, y hallaba en cada uno de sus Subditos: pues su continuado, y vivo exemplo era una exhortacion á cada uno en particular, y á todos en comun: con lo que tenia hecho su Colegio un florido vergel de virtudes, y un claustro, que respiraba edificacion. Tampoco se dio caso de que el P. Rector por instancias que se le hicieran saliese fuera de la Ciudad á alguna granja. Solamente en dos ocasiones hizo ausencia de su Colegio: una para ir á la Corte de Mexico, á donde fue convocado para vocal en la Congregacion Provincial, que por el mes de Nov. del año de 57. se celebró para elegir Procuradores á Roma: para cuyo viaje tenia dispuesto este tan humilde, como edificativo tren. Confessaba el Padre á cierto desdichado Indio, cuyo officio era repassar metales, y por mayor dignidad avia sido elevado á Capitan

de arrastres en la galera de las tahonas. Por su naturaleza era pio este Indio, y muy devoto, y de quien gustaba el P. Coromina, por su conversacion obsequiosa al tanto que sencilla: como se conocerá por el siguiente passaje. Hablando el P. Coromina con este Capitan de arrastres de la proximidad de su viaje á Mexico, le dixo el Capitan: *Pues Padre mio, no se canse V. R. en buscar bestia, y mozo: porque yo sé los caminos, y le acompañaré sirviendole con mil Corazones. Tampoco quedará por bestia el negocio: porque yo tengo un burro muy fuerte, y por este no quedará el que V. R. se ponga en Mexico: pues yo lo fio, y lo iré arreando.* Celebró mucho el Padre tal oferta, y en los dentro de su humildad, por los encogimientos, que tenia para admitir el beneficio, que otros, sus afectos, le franqueaban, llegó á consentir ponerse con esta caballeria en camino, y lo huviera executado, si el miramiento de los Padres no se lo huviera impedido, obligandolo á que llevára el avio, que prescribe la Religion. Quedó empero el Padre reconocido á la voluntad de este pobre para agradecerle su oferta: la que frequentemente reproducia el buen Indio, diciendole al Padre quando le hablaba: *Padre mio, si se le ofrece algun viaje sepa Vmd. su Reverencia, que estamos yo, y el burro muy dispuestos para quando quisiere.* Este viaje emprendió por obediencia, para asistir á la citada Congregacion: en la que fue electo Secretario por voto de sus mismos Vocales, fiando de la expedicion, cuidado, y latinidad del P. Ignacio Coromina la disposicion de las Actas, claridad de los postulados,

que se avian de hacer à su Rmo. General, y el buen orden de todos los negocios, que en dicha Junta se avian de tratar.

Terminada esta tratò de restituirse el P. Ignacio à su Colegio, y parece que para dar oportuno pabulo à su genio propenso à la virtud, dispuso Dios, que puesto en camino, aviendo de tomar el usado, y cierto, se entrò por otro que llevaba al Santo Desierto de los Religiosísimos Padres Carmelitas descalzos. A este paraje vino à dar perdido, y noticioso de su llegada el R. P. Prior, que actualmente lo era el R. P. Fr. Manuel de S. Miguel, con muchas eficaces instancias lo convidaba à aquella santa soledad, religioso Yermo, y Paramo bendito, para que lo ilustrara con su presencia, y lo edificara con su pia conversacion. Admitiò gozoso el convite el P. Coromina, por ser muy conforme à su Corazon endiosado, la soledad religiosa. Por este derrotero, proximo ya à entrar à su visita, se encontró con un venerable Anciano de barba tan espesa como cana, con un vestuario talar de xeriga, y poniendose al passo le dixo: *Padre, deme Vmd. una limosna para las benditas Animas del Purgatorio. Viva conceptuado el P. Ignacio de lo expuesto que son à hurtar las mas demandas. Y assi dandole al demandante un real de plata le respondiò: Hijo, este real no lo doy à las Animas, que no tienen hambre de dinero: sino para ti, para que lo gastes en tus menesteres. Te digo mas, que tomando lo pressiso para tu vivir, de la demanda, no hurtas, sino que lo haces licitamente.* Lo que oido por el demandante,

sup

puesto

puesto de rodillas, y dando un gemido, exclamò: *O Padre mio, Theologo verdaderamente grande! Pues yo estaba en que me condenaba por lo que hurtaba de la demanda: pues cierto que cogia de ella, y ahora con su razon queda quieta mi conciencia. Dios se lo pague, y le de buen viaje: que à mi me dexa buen demandante.*

La otra vez que salió el Padre extramuros de la Ciudad, fuè con un benemerito, y edificativo Eclesiastico: à quien acompañò con el motivo de practicarle los Exercicios de S. Ignacio, y hacerlos el mismo conforme à su gusto, y à su genio, en una Hacienda, destituida de todo humano comercio, y bullicio de gente, que era verdaderamente por esta parte adecuado remedo del Santo Desierto, cuya soledad le llevó el afecto, considerando que en los retiros se comunica Dios à las almas con sus fantasmaticas inspiraciones: y que estas se oyen mejor donde calmando los cuidados todo es silencio, todo quietud, y todo ocio Santo. Porque aunque en todo lugar habla Dios à quien lo busca; pero tambien es cierto, que con el trafago de los negocios, y trato con las criaturas, se evapora por los sentidos el espiritu. Y por effo el P. Rector Ignacio gustaba, para adquirir los thesoros del alma, y conservar los adquiridos, de la soledad, que convida con su silencio à levantar el Corazon à la patria celestial. No podia lograrla en el campo, pero haciendo de su Aposento gruta solitaria, aqui se disponia con fervorosa oracion en lo quieto de la noche para recibir las soberanas influencias de la gracia, y dulces lluvias, que

K 2

el

le fecundizaban el Corazon. Estos dos tan solos fueron los casos en que el P. Rector salió de su Colegio fuera de la Ciudad: el restante prolongado tiempo de su rectorado se mantuvo en su Colegio para atender à la observancia domestica, provecho de su espíritu, y bien de las almas.

§. XIV.

No obstante el rezon que llevaba el Colegio, añadió el P. Rector algunas cargas, que aunque pesadas, el atractivo amoroso de su religiosidad se las hizo ligeras à los Subditos. Una de ellas era, que para proveer de Misas, correspondientes al copioso vecindario de esta Ciudad, se fueran alternando los dias festivos los Padres unos despues de otros para decir las. Acababanse estas à las nueve de la mañana por lo comun: porque hubo dias en que se celebrò à las diez la ultima, siendo digno de notarse, que levantandose los Padres desde las quatro de la mañana, despues de sus distribuciones religiosas, se estaban estos fuertes Operarios assi en ayunas confesando la mucha gente, que concurre para frequentar Sacramentos. Tarea que como sentada se ha practicado siempre, y actualmente se practica en este insigne Colegio. Otra verdaderamente graciosissima, y trabajosa: la que estampare indeleble en mi Corazon para mi eterno agradecimiento, y es: que ya no por dias, ni por semanas, sino por meses enteros, en que aviendo de cumplir la Feligresía con el annual precepto de la Santa Iglesia, y

no bastando para despachar el numeroso gentio de esta Parrochial los Ministros, que mantiene desde las tres de la tarde, en la estacion mas ardiente, y en la estrechez de la Capilla, que està supliendo la falta de Iglesia, con el inevitable reverbero del Sol, por estar al Poniente su puerta, sentandose todos los Padres con su Superior, perseveraban muchas horas en el Confesionario, y no pocos toda la tarde, en tardes de Mayo, y Junio, en que sube de punto el bochorno. Fatiga sin ponderacion insoportable, y digna solo de escribirse en los libros de la remuneracion eterna de nuestro Dios, siendo circunstancia notable, que por este tiempo solamente ocurren pobres destrozados, y abandonados de la fortuna, tiznados de las minas, con pelo emmarañado, y sudor, antes maroma de sabandijas, que adorno de gentes, rusticos en sus formularios, hediondos en sus cuerpos, y en sus entendimientos poseidos de una brutal ignorancia, como lo probarà el caso siguiente.

Llegòse à confesar con el P. Rn. un Barretero anciano, y de agigantada estatura: puso al pie del Confessionario un gran cartapacio de mal formadas letras, y à sus espaldas un mancebo como de dies y ocho años, hijo suyo, y tan inculto como su Padre. Comenzò este su confession, y à pocos passos echò mano de sus anteojos, y por mas que de estos se valla no entendia lo escrito, y no pudiendo passar adelante, llamando al hijo le decla: *Mira mancebo que quisiste expressar aqui? Perdona V. P. que como este mi hijo escribe malissimamente no acierto à leer su letra: y assi*